

NUEVOS EXTRACTOS

DE LA REAL SOCIEDAD BASCONGADA
DE LOS AMIGOS DEL PAÍS
EUSKALERRIAREN ADISKIDEEN ELKARTEA



JUAN LUIS ARSUAGA FERRERAS
Ohorezko Adiskidea / Amigo de Honor

TOLOSAKO “ANDRE MARIA” MUSIKA KAPERA
CAPILLA DE MÚSICA “SANTA MARIA” DE TOLOSA
Adiskide Kolektiboa / Amiga Colectiva

Suplemento 25-G del Boletín de la RSBAP

TOPIC ANTZOKIA - TEATRO TOPIC TOLOSA

2019-05-04



Francisco Echeverría Gabilondo - Amigo de Número
Juan Luis Arsuaga Ferreras - Nuevo Amigo Honorario
Luis Elicege Mendizabal - Amigo de Número
Presidente de la Comisión en Gipuzkoa
Juan Bautista Mendizabal Juaristi - Director de la Bascongada



Francisco Echeverría Gabilondo - Amigo de Número
Juan Luis Arsuaga Ferreras - Nuevo Amigo Honorario
Luis Elicege Mendizabal - Amigo de Número
Presidente de la Comisión en Gipuzkoa



EKITALDI AURKEZPENA / PRESENTACIÓN

Luis Elicegui Mendizabal
EAEko Presidentea Gipuzkoan
Presidente de la Bascongada en Gipuzkoa

Juan Bautista Mendizabal Euskalerrriaren Adiskideen Elkar-
teko zuzendaria, Juan Luis Arsuaga Adiskidea, Francisco Etxebe-
rria Adiskide Numerarioa, Arantzazu Aramendi “Andre Maria”
Musika Kaperaren presidentea, Ander Letamendia Adiskide Nu-
merarioa egun on.

Ongi etorria ekitaldi onetara etorri zareten guztioi. Ekitaldi
bikoitza, zalantzarik gabe interesgarria eta erakargarria. Disfru-
tatuko dugulakoan nago.

Ohorea da Euskalerrriaren Adiskideen Elkartearantz gaur
gure artean bi lagun hauei sarrera ematea. Arsuaga jauna eta
“Andre Maria” Musika Kaperaren bidez Elkartearen eta Tolosako
Udalerriaren arteko harremana estutzen dugu gaur. Ez da berria,
gure arteko harremana oso estua izan da Elkartea sortu zenetik.
XVIII. mendean sortzaileen artean kokatzen da Felix Maria de
Samaniego “fabulista” famatua eta Tolosako alkate izan zena.

Gero Elkartearen ibilbide luzean asko dira kide ospetsuak
izan diren tolosarrak eta gaur egun ere direnak. Ezin ditut denak
aipatu ez bait nuke bukatuko.

Gaurko ekitaldian lehenengo Juan Luis Arsuagak emango du bere Sarrera Ikasgaia, ondoren Etxeberria Adiskide Numerarioak hartuko du hitza Ohorezko Adiskide izendatzeko kontuan izan ditugun merezimenduak azaltzeko. Arsuaga jaunak lan itzela egin du bere lan arloan eta aintzatespen asko jaso ditu, beste askoren artean bat aipatuko dut, “Premio Universidad Europea Miguel de Cervantes al Mejor Comunicador”. Aurkezpen txartel horrekin, ziur nago hitzaldia benetan atsegina izango dela.

Jarraian, “Andre Maria” Musika Kaperak Adiskide Kolektibo egiten dugu. Zer esan erakunde honetaz, gure erakundeak 250 urte luze baditu Musika Kaperak 500 urte daramatza musika arloan lanean Tolosan. Ezin bestez Tolosaren historia eta gora beherari lotuta. Hainbat eta hainbat tolosarren lanari esker, gaur hemen tolosar guzti horiek omendu nahi ditugu. 500 urte horietan, momentu askotan, Tolosak paper garrantzitsua jokatu zuen Gipuzkoan. Hiriburu forala izan zenean. Momentu horietan hirien indarrak hainbat jardueretan zuen isla, musikan, besteak beste. Giro horretan aurkitu izan du bere lekua “Andre Maria” Musika Kaperak eta orain ere indarrean jarraitzen du. Zorionak.

Berriz ere ongi etorriak gure Elkartera. Benetan ohore handia da Euskalerrriaren Adiskideen Elkaratearentzat zuek gure artean onartzea eta hemendik aurrera zuen partaidetzarekin, lana eta laguntzarekin kontaktzea.

**LA MANO ES EL BORDE CORTANTE
DE LA MENTE.
ORÍGENES DEL PENSAMIENTO HUMANO**

Lección de ingreso como Amigo de Honor en la
Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País
Euskalerrriaren Adiskideen Elkarte

JUAN LUIS ARSUAGA FERRERAS

TOPIC ANTZOKIA - TOLOSA
TEATRO TOPIC - TOLOSA

2019-05-04

El cuento del pastor

Egun on:

Lehenik eta behin, eskerrik asko Euskalerrriaren Adiskideen Elkarteari bere familiako kide egiteagatik.

Cuando el attona Juanito hizo sus bodas de oro (allá por el año 1976) con la amona Bernardita sus hijos le regalaron un reloj de bolsillo en la comida que toda la familia celebró en Izaskun. Ese reloj lo llevo yo ahora como homenaje y como recuerdo, y funciona perfectamente. No hace falta que os hable de la vinculación del attona Juan Arsuaga a la capilla de Santa María, ni de la del resto de la familia Arsuaga, de la que hay en la foto de la invitación una amplia representación en forma de tío abuelo, tíos, tía y primos en primer y segundo grado, aparte claro está del attona Juanito, por lo que me considero honrado por partida doble: como miembro de la familia Arsuaga, esto muy merecidamente, no por mis méritos musicales sino por los de otros, y como Juan Luis, pero eso solo gracias a vuestra generosidad.

Y pasemos al discurso, que algo tendrá que ver también con la música.

Todos los cuentos empiezan con el “érase una vez...”, pero este que os voy a contar pertenece a la modalidad autobiográfica, por lo que empieza con un “estaba yo...”.

Estaba yo una vez en las excavaciones de la sierra de Atapuerca cuando vi acercarse al pastor con su rebaño de ovejas. Después de saludarlo entramos en conversación sobre nuestras respectivas profesiones y actividades. Yo le expliqué a qué nos

dedicábamos en las excavaciones, qué tipo de misterios investigábamos, qué descubrimientos hacíamos, qué utilidad tenía todo aquello. El pastor me escuchaba con respetuosa atención y en silencio.

En un momento determinado decidí dar un golpe de efecto y soltar algo que lo impresionara. ¿“Ve usted estos campos de cereales que bordean la roca caliza de la sierra?”, le pregunté. “Los veo”, me contestó.

“Pues llevan cultivándose desde hace más de 7000 años continué-, desde que llegaron aquí los primeros campesinos. Venían de muy lejos, del otro extremo del mar Mediterráneo, de la tierra de Jesús y sus alrededores. Aquellos primeros granjeros también traían rebaños como el suyo, de corderos y cabras, que también venían, como el trigo y la cebada, de la tierra de Jesús... “y sus alrededores”, completó la frase el pastor.

Yo continué: “Antes no había campos de labranza, ni ovejas, ni cabras, ni cerdos, ni tampoco casas de piedra. Solo bosques de encinas, quejigos, robles, y más arriba, en la montañas, de abedules, hayas y pinos. Los hombres que vivían aquí se alimentaban de la caza, un poco de la pesca en el río y de los frutos, como las cerezas, las avellanas, las setas, las moras, las endrinas y las bellotas de las encinas.”

El pastor permaneció pensativo un momento y luego me dijo:

“Saben ustedes mucho, los que vienen de la ciudad al campo. Es impresionante. Cómo se ve que han estudiado en la universidad. Allí les tienen que enseñar cosas fantásticas que por aquí nunca llegaremos a saber. Nosotros solo aprendemos cosas sencillas, de poca importancia. Por eso me gustaría hacerle una pregunta muy estúpida. Seguro que se va a reír de mí y de las tonterías que conocemos los de pueblo. Esta es mi pregunta, y le ruego que no se burle de mí:

“A ver: ¿cuántos dientes tienen arriba esas ovejas que tengo yo aquí pastando?”

“Ninguno le contesté-, ni las ovejas, ni las cabras, ni las vacas, ni los ciervos tienen dientes arriba. Los cerdos, en cambio sí. Y también los caballos, aunque son de otro grupo. Los animales que no tienen incisivos arriba, que es a lo que usted se refiere, son los llamados rumiantes, aquellos que rumian, como muy bien sabe usted. Todos los rumiantes tienen la pezuña partida, pero no todos los animales de pezuña hendida son rumiantes. El cerdo no lo es”.

“Pues sí que les enseñan cosas en la universidad”, sentenció el pastor, sorprendido. Se veía que la pregunta ya se la había hecho a otros señoritos de la ciudad, y se habían equivocado, demostrando que no eran tan listos como se creían.

Esta vez, en cambio, se había tropezado con un paleontólogo, aunque muchos de mis estudiantes se equivocan cuando les hago yo la pregunta.

¿Cuál es la moraleja de esta historia que se ha contado tantas veces, la del hombre de la ciudad que se cree tan listo y que resulta burlado por la inteligencia del hombre de campo?

La moraleja es que el pastor sabe mucho, y que estudiar para pastor requiere acumular tantos conocimientos como para obtener una titulación universitaria. Ya os adelanto, por si estabais preocupados, que este discurso va más allá de los aldeanos, y que en lo que estoy pensando es en los cazadores y recolectores del Paleolítico, los que había antes de que llegara la economía de producción del alimento a Atapuerca o a Tolosa. Pero mi discurso, aunque tenga forma de cuento, va todavía más lejos, porque en lo que estoy pensando es en para qué hace falta un cerebro tan grande como el que tenemos, qué tipo de función es la que ha sido promovida por la selección natural.

Naturalmente que no estamos tan cerebralizados para ser pastores, puesto que alcanzamos nuestra enorme masa cerebral muchos miles de años antes de que se inventara la agricultura y la ganadería en la tierra de Jesús... y sus alrededores. Pero a los pastores los tenemos todavía con nosotros y el cuento del pastor puede ser una metáfora útil, como todos los cuentos.

Un pastor es un excelente veterinario, porque se conoce al detalle la anatomía de la oveja, sus necesidades alimenticias, sus pastos, su comportamiento y sus enfermedades. Transponiéndolo al mundo de los cazadores y recolectores, cualquier hombre o mujer paleolíticos sabía, desde luego, mucha zoología. Y no solo la anatomía de los animales, fueran presas o fieras, sino, por supuesto su ecología y su etología. Es decir, dónde se los puede encontrar y cuándo, así como qué conducta es previsible que tengan, y cómo relacionarse con ellos.

Cada animal tiene su forma de ser y conviene distinguir el carácter del bisonte, el del uro, el del mamut, el del caballo, el de la hiena o el del león de las cavernas. Podríamos seguir así con toda la lista de los animales de la comunidad a la que uno pertenece, porque en el paleolítico los seres humanos eran parte de una asociación de especies, animales y vegetales, que a su vez vivían en un territorio y formaban con él un ecosistema. No estábamos al margen del ecosistema, sino dentro de él. El paleolítico es sobre todo ecología humana. Vivíamos en comunidad con el resto de las especies, con-vivíamos con ellas.

La mejor manera de saber cómo actuará una hiena es preguntarse qué haría yo si fuera una hiena. Pero entiéndase bien, no hay que preguntarse qué haría yo si fuera un humano con cuerpo de hiena, sino que haría yo si fuera una hiena con cuerpo de hiena. Y lo mismo sucede con las demás especies, así que dentro de “un hombre o mujer del Paleolítico” hay muchas especies.

La relación con las plantas es de tipo diferente, pero es imprescindible conocerlas bien para sobrevivir ahí fuera. Las plantas se comen, se queman, se hace con ellas herramientas, y se construyen cabañas. También curan, así que las plantas son imprescindibles para la alimentación, la iluminación nocturna y la defensa frente a las fieras, la tecnología, la vivienda y la medicina. Un pastor sabe mucha botánica práctica y no digamos nuestros antepasados prehistóricos. Aprovecho para decir que se ha perdido, en el último medio siglo, un caudal inmenso de cultura en el terreno de la etnobotánica, y me gustaría rendir homenaje a los que estudian los últimos rescoldos de la sabiduría popular en este y otros campos.

Pero en definitiva, lo que quería demostrar es que para llegar a adultos un niño o una niña del paleolítico tenían que estudiar, a fondo, la carrera de biología y algo de la de farmacia. Por supuesto, también la de medicina, incluyendo especialidades tan importantes como la obstetricia y la traumatología. No es necesario insistir en que había que nacer y había que parir, y que los accidentes eran muy frecuentes en aquella accidentada vida del Paleolítico.

Y no había sobresalientes ni suspensos en esa época, sino vida o muerte. Pero para enseñar estaban los ancianos, los depositarios de la sabiduría ancestral del grupo, su biblioteca, de manera que cuántos más viejos tuviera una tribu, más conocimientos acumulaba.

No hace falta decir que otra licenciatura imprescindible en la prehistoria era la de geografía, en la que también estaban licenciados los ganaderos trashumantes de antaño, que recorrían largas distancias con sus rebaños sin perder el camino hacia los pastos de las montañas en el verano, y de estas a las tierras bajas en el invierno.

Las distancias que recorrían los nómadas del paleolítico eran enormes, y durante las glaciaciones el paisaje debía de hacerseles

muy monótono, porque era una inmensa y pelada taiga-estepa que iba desde el estrecho de Bering en el Pacífico hasta las costas atlánticas. Despiadadamente congeladas en el invierno y abrasadoras en el verano, perderse en aquellas inmensidades no era una opción. El conocimiento geográfico no solo se refería al terreno y sus accidentes, sino que incluía también a distribución de los ecosistemas en el territorio. Los humanos del paleolítico eran expertos en lo que hoy llamamos geobotánica.

Naturalmente, también miraban al cielo para predecir el tiempo y la llegada de las estaciones, así que nuestros antepasados eran a la fuerza meteorólogos. No sé ahora, pero cuando yo era pequeño y vivía en estas tierras, había pastores que tenían fama de predecir el tiempo que iba a hacer en toda la temporada. Eso no es posible, pero no dudo de que tuvieran una gran sensibilidad para anticipar los cambios de tiempo.

Como escribió Jacob Bronowski en una frase que suscribiría bien a gusto el mismísimo Jorge Oteiza, la mano es el borde cortante de la mente. En efecto, en el Paleolítico se tallaba la piedra y había que saber qué roca era la más apropiada para confeccionar un útil, entre las que se encontraban por los alrededores. La materia prima se escogía en función de sus propiedades, como la dureza, la textura, y la forma de partirse, y también de su disponibilidad. Si no la había cerca se iba a por ella, a veces a un lugar muy remoto. Eso quiere decir que para manejarse en el paleolítico había que haber cursado también la carrera de geología. La talla de la piedra ha llegado casi hasta nuestros días, porque así es como se hacían los trillos, a base de lascas de pedernal o de cuarcita obtenidas golpeando una piedra contra otra.

Todas las “carreras” o “licenciaturas” que hemos comentado y que formaban parte de la formación de un niño o de una niña del paleolítico, tienen que ver más o menos directamente con la economía, es decir, con la ecología, con el lugar que ocupaban

nuestros antepasados en los ecosistemas. ¿Ha sido la ecología, por lo tanto, la principal fuerza de nuestra evolución? ¿Las características que nos distinguen de los demás animales son adaptaciones a nuestro nicho ecológico de grandes cazadores? ¿Puede contarse nuestra historia evolutiva simplemente en términos de dieta? ¿Se podría resumir todo el proceso como el paso de vegetarianos a carroñeros y de ahí a cazadores de pequeñas presas y luego de grandes presas? ¿Nuestra evolución ha consistido en un ascenso en la pirámide trófica, que hemos escalado desde los australopitecos hasta el Homo sapiens para convertirnos en los “superdepredadores top”, un piso por encima de los leones y de los osos? ¿Nos hemos ganado el título de la especie dominante porque somos los más fuertes gracias a nuestras armas y nuestra inteligencia? ¿Es el nuestro el cerebro de un cazador?

Así es como se ha contado tradicionalmente nuestra aventura evolutiva, y podemos titular esta narración como la “hipótesis del cazador”. Y, por cierto, no de la cazadora, porque el protagonismo principal de este relato se le atribuía al varón joven, al orgulloso cazador que vuelve al campamento con la pieza cobrada y es recibido con júbilo por el reto de la tribu, hambrienta y agradecida: las mujeres, los niños, los ancianos. Pero los niños comen todos los días, y el cobro de una pieza de caza mayor se produce cada mucho tiempo, por lo que era evidente que la recolección y la caza menor tenía que ser igual de importante en la economía de la prehistoria, como lo es en la de los pueblos modernos de cazadores y recolectores, aunque casi nadie se daba cuenta.

El año pasado se cumplió medio siglo de la película “2001. Una Odisea del espacio”, del director Stanley Kubrick (con guion a medias con el escritor de ciencia ficción Arthur C. Clarke) y hemos preparado dos exposiciones en el Museo de la Evolución Humana de Burgos, a las que estáis invitados (literalmente, porque son gratis). En la primera parte, y a los acordes de la sinfonía

“Así habló Zaratustra” de Richard Strauss, se cuenta en imágenes la “hipótesis del cazador”, también llamada del “simio asesino”, que en aquellos años reinaba en el mundo científico. La había elaborado el paleoantropólogo Raymond Dart, famoso descubridor del primer australopiteco, pero coincidía con lo que pensaban de nuestra especie etólogos como Konrad Lorenz y Desmond Morris. También los arqueólogos del momento habían adoptado esta perspectiva, que podríamos resumir en “somos lo que comemos”. Comemos carne, luego somos necesariamente agresivos y violentos, no solo con las demás especies, sino también dentro de la nuestra, con los otros seres humanos.

El tiempo, sin embargo, ha hecho cambiar por completo el ángulo desde el que se mira la evolución humana. Ya no decimos que “somos lo que comemos”, sino que “somos lo que pensamos”. La razón por la que tenemos un cerebro tan grande no es porque fuimos grandes cazadores, sino porque vivíamos en grupos, porque éramos extremadamente sociales, más que ninguna otra especie.

Esta la teoría del “cerebro social”. Entre el medio ecológico y el individuo humano se interpone una esfera, que es el medio social. El juego social es muy complicado, como todos nosotros sabemos, y hace falta un órgano muy poderoso para poder analizarlo. Y lo que es más importante, para predecir el comportamiento de los demás miembros del grupo, y anticiparse o influir en los otros. En resumidas cuentas, para anticipar el futuro o crearlo. Porque es en esa partida dónde se jugaba el porvenir del individuo, y fueron las habilidades sociales las seleccionadas.

La razón por la que el desarrollo humano es tan largo, es porque hace falta educar al niño, al adolescente y al joven para la vida social. Se trata de llegar a ser un ser humano y eso requiere mucho cerebro y mucha programación educativa. Algunos todavía estamos aprendiendo.

De donde resulta que las “licenciaturas” más importantes son la de psicología, sociología... y ciencias políticas. El primatólogo Frans de Waal fue de los primeros que contribuyeron al cambio de paradigma (de la “hipótesis del cazador” a la del “cerebro social”) con un libro de 1982 que atrevidamente tituló “La política de los chimpancés”.

Andando el tiempo, unos simios que ya sentían y padecían, que eran sintientes y emocionales, se hicieron conscientes de sí mismos. No solo se sentían alegres o tristes, sino que conocían su estado de ánimo porque eran capaces de examinar sus propias emociones y pensamientos. Distinguían el Yo del Tú. Más tarde se hicieron simbólicos (o tal vez fuera al mismo tiempo) y adquirieron lenguaje. Y empezaron a contar historias y poblaron el mundo de espíritus. La naturaleza se hizo sagrada porque estaba animada de seres invisibles, salvo en los trances y en los sueños. Y también estaban presentes en las historias mágicas que se contaban.

Un antropólogo le preguntó una vez a un inuit por qué creía en los relatos míticos y milagrosos en los que intervenían seres sobrenaturales que nadie veía nunca. “Porque me lo contó mi padre”, contestó, “¿por qué habría de mentirme?”.

Eso hizo que se ampliaran las “licenciaturas” que había que estudiar, y que ahora incluían la religión, la Historia... y por fin el arte, en forma de música, de literatura oral, de pintura, de escultura. Pero de todas las artes la música es la más sublime y mis palabras no pueden igualar lo que la Capilla de Santa María es capaz de producir.

Emociones y significados

La mente simbólica está ávida de liturgia y de ceremonia, y eso nos devuelve al lugar en el que estamos y a lo que estamos haciendo. Este es un acto emotivo para mí, porque está lleno de

emociones y de significados. Lo que nos diferencia de las demás especies no es lo que comemos, sino nuestra capacidad de dotar de sentido a las cosas que hacemos.

Me siento orgulloso de mis orígenes tolosarras y de mi familia paterna, como también lo estoy de la materna, madrileña, porque uno puede tener más de una identidad, más de una dimensión. Pero he jugado demasiadas veces en estas calles, he comido demasiadas veces con mi familia de Tolosa, como para que no lleve a la villa en los huesos. Muchas de las asignaturas de esas “licenciaturas” a las que me he referido en mi discurso las estudié aquí y espero haber sacado buena nota. Aprendí amor a la naturaleza, en Tolosa, en Uzturre y sobre todo en Goyaz, aprendí amor a la familia, aprendí tolerancia, y que los lazos del cariño son más fuertes que los de la política o cualquier otra cosa, aprendí amor a lo ancestral, lo profundo y lo misterioso, las voces que nos llegan desde el pasado.

Los pueblos sin escritura no creen en la otra vida. Mejor dicho, no creen en el cielo. Los muertos siguen viviendo, por supuesto, pero no se han ido a ninguna parte, porque no hay otra parte para ellos, solo esta. Aquí están, aquí siguen, a nuestro lado, con nosotros. Yo también lo siento así en un día tan especial como el de hoy, y en realidad todos los días que vengo a Tolosa.

Venir a Tolosa siempre ha sido un motivo de alegría y os agradezco de todo corazón la que me habéis dado hoy.

Eskerrik asko gustioi

HARRERA HITZAK / PALABRAS DE RECEPCIÓN

FRANCISCO ETXEBERRIA GABILONDO

EAEko Adiskide Numerarioa

Amigo de Número de la Bascongada

Excelentísimo D. Juan Bautista Mendizábal, Director de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País, Excelentísimo Señor D. Luis Elicegui. Presidente de la Bascongada en Gipuzkoa, autoridades del ayuntamiento de Tolosa, queridas amigas y amigos.

La incorporación del Doctor Juan Luis Arsuaga Ferreras como Amigo de Honor de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País, es un acierto en justo mérito a su trayectoria personal científica y cultural. Constituye un acontecimiento que está en la línea de la tradición más arraigada de aquellas personas que quieren al País y han aportado méritos suficientes como para pertenecer a esta sociedad de verdaderos amigos siguiendo la propuesta de Xabier María de Munibe, Conde de Peñafiorida, presentada en las Juntas Generales de Gipuzkoa en 1763. Desde entonces hasta hoy, una larga serie de personas originarias del corazón de Gipuzkoa, esto es Tolosa, han engrosado sus filas sin pedir nada a cambio. Pondremos entre otros como ejemplo indiscutible a Juan Antonio Garmendia, de notable influencia para los estudiosos del País.

Juan Luis Arsuaga es doctor en Biología y especialista en Paleontología Humana, catedrático de esa misma materia en la Universidad Complutense de Madrid. Dirige el centro de Salud Carlos III de Evolución y Comportamiento Humano. Si bien es más conocido por los descubrimientos extraordinarios de restos humanos en distintos yacimientos de la sierra de Atapuerca, por los que obtuvo el premio Príncipe de Asturias de Investigación Científica y Técnica el año 1997. La mayor y más completa colección de huesos de registro fósil de la evolución humana que se ha encontrado en Atapuerca. Casi nada.

Uno de sus alumnos de entonces me dijo que, tras recibir este premio, todos los que habían colaborado en las distintas fases de la investigación, recibieron un escrito en el que les hacía extensivo este reconocimiento para que así les constara como mérito. Esto en reconocimiento a los alumnos y demuestra enorme generosidad.

Bien pensado el Dr. Juan Luis Arsuaga ha dedicado su vida a generar conocimiento y a difundirlo, poniendo ciencia y cultura. Estos son los dos productos de los seres humanos, ciencia y cultura, frente a cualquier otra especie biológica. Ciencia y Cultura que a su vez son la esencia nuclear en la Bascongada. Personalmente son pocos los que conocen otros méritos, que yo quiero destacar aquí con el fin de vincularle aún más a nuestra sociedad. Me refiero a que Juan Luis fue director de la revista científica *Munibe*. De nuevo *Munibe*, aquella revista nacida en la Sociedad de Ciencias Aranzadi que en 1949 al amparo de la Bascongada puso en marcha el tolosarra Jesús Elósegui.

Arsuaga ha reconocido en más de una ocasión, el impacto que le supuso la lectura de joven, de los trabajos de D. José Miguel de Barandiarán. Las excavaciones de Santimamiñe y otras en Bizkaia, le condicionaron para estudiar Biología y tras ello, los orígenes del hombre a través de la paleontología.

Quiero destacar entre sus méritos que en 1993, Juan Luis Arsuaga, fue el director de una magna exposición sin precedente en el Museo Nacional de Ciencias Naturales de Madrid, titulada Primeros Europeos y producida junto el National History Museum de Londres. En la misma se dieron a conocer los hallazgos más importantes que hasta ese momento se habían producido en Atapuerca. Además, se presentó por primera vez al público, el conjunto más completo de fósiles humanos que se han encontrado originales en la península ibérica. Pues bien, contando con la autorización de la Consejería de Cultura del Gobierno Vasco, el día de la inauguración, esto es para el 24 de marzo de 1993, me correspondió a mí llevar a esta exposición, a Madrid, el hueso más antiguo encontrado en el País Vasco: el húmero perteneciente a una mujer neandertal que encontró José Miguel de Barandiarán en la cueva de Lezetxiki en Mondragón el año 1964.

Estando en el aeropuerto de Hondarribia, coincidía aquella mañana temprano con otra figura entrañable de la Bascongada, Juan Ignacio de Uría y Epelde. Pocas personas han encarnado con tanta claridad el espíritu ilustrado que caracterizó a la Sociedad como Juan Ignacio. Su carácter erudito, sabio, multidisciplinar, su talante investigador que será parte del patrimonio histórico y artístico, le hicieron portavoz de un extenso y rico bagaje cultural exponente de la Bascongada y del espíritu que velaba por el bienestar y la dignidad de los ciudadanos. Salvo Uría, ningún otro pasajero de aquel avión podía imaginar que nos acompañaba una mujer neandertal de hace 150.000 años que viajaba hacia el sur peninsular gracias a la tecnología del siglo XX. Juan Ignacio se llevaba las manos a la cabeza y es justo recordarle hoy aquí que hemos hablado de evolución humana.

Con esta anécdota puedo articular una secuencia de personas ilustres: Xavier María de Munibe, Telesforo Monzón, José Miguel de Barandiarán, Jesús Elósegui, Juan Garmendia Larrañaga, Juan Ignacio Uría, Juan Luis Arsuaga que son referencia para

las nuevas generaciones cuando hablamos de antropología. Ciencia y Cultura. De la evidencia a la diferencia por deducción.

También resulta una grata coincidencia y sorprende el título de la conferencia que ha realizado “La mano es el borde cortante de la mente. Orígenes del pensamiento humano”, ya que se complementa de manera magistral con las ideas expresadas por nuestro querido amigo Ander Letamendía en sus investigaciones sobre la mano del pelotari, de la fuerza y del choque en el frontón al dominio del acordeón, del dolor a la ternura, la mano que amenaza, la mano que bendice, así también de Atapuerca a la música de la capilla Santa María de Tolosa.

Ciencia y Cultura otra vez. Eskerrik asko, Juan Luis. Es un honor para nosotros tu incorporación a la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País.